EGIPTO ETERNO

10000 a.C. - 2500 a.C.



JOSÉ IGNACIO VELASCO

nowtilus

Colección: Nowtilus
www.historiaincognita.com

Título: Egipto Eterno
Autor: ©José Ignacio Velasco Montes
jivelascom@telefonica.net
http://www.jivelascomontes.com

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño de interiores e infografías: Juan Ignacio Cuesta
Fotografías: Colección del autor y cedidas por el Instituto de Estudios del Antiguo Egipto (IEAE)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-485-4

A Cachito, mi mujer, que con su ayuda inestimable en todos los sentidos me permite olvidarme de las cosas terrenales y estar sumergido en el mundo de las ideas. Con todo mi cariño.

El autor.

Campos de Guadalmina.

Marbella,2007.

ÍNDICE

Prefacio 9
Introducción 11

PARTE I

La noche de los tiempos 16
(10000 a 4000 a.C.)

1. La geografía de Kemit (Egipto), el país de las Dos Orillas..... 18
2. El Nilo, padre y sustento de la civilización egipcia..... 30
3. Los orígenes de Egipto y los primeros pobladores..... 39
4. Cronología de Egipto: desde la Prehistoria al Imperio Antiguo..... 46
5. La medida del tiempo: los calendarios..... 52
6. La creación del mundo por los dioses. La Enéada y la Ogdóada..... 56
7. El mito de Osiris..... 60
8. Los grandes dioses y las diosas madres..... 64
9. Los misterios del «Velo de Isis»..... 72
10. El concepto de la muerte y el «Más allá»..... 81
11. El «Juicio de Osiris»: la psicostasia..... 87
12. Las costumbres funerarias..... 90
13. La magia y los magos..... 106
14. Los sacerdotes y los médicos..... 112
15. El misterio de los dioses-reyes. El rey y la monarquía..... 118
16. Los escribas y las «Casas de la vida»..... 122
17. La magia de los colores en el Antiguo Egipto..... 127
18. La vida religiosa oficial y privada..... 130

PARTE II

PERIODO PREDINÁSTICO **134**
(5500 a 3150 a.C.)

1. La protohistoria y las dinastías 0, I y II..... 136
2. La vida y la sociología en las Dinastías I y II..... 143
3. Los primeros reyes anteriores al Imperio Antiguo..... 146
4. El Imperio Antiguo. Los «Grandes constructores de pirámides»..... 152

PARTE III

EL PERIODO DINÁSTICO **162**
(3150 a 2181 a.C.)

1. De la tumba primitiva a las pirámides..... 164
2. La evolución de las tumbas: las mastabas..... 174
3. Sakkara: la pirámide escalonada de Djoser e Imhotep..... 184
4. Las extrañas pirámides del rey Huni..... 190
5. El rey Snefru, su vida y sus diversas pirámides..... 198
6. Los secretos de la Gran Pirámide de Keops..... 207
7. La misteriosa Gran Esfinge de Gizeh..... 222
8. La pirámide inacabada del rey Dejedefre..... 227
9. El rey Kefrén y la última Gran Pirámide..... 229
10. Micerino y la decadencia de las pirámides..... 232
11. Los últimos reyes y sus obras..... 235
12. Las postreras pirámides, mastabas y templos solares..... 238
13. El principio del ocaso antes del Primer Periodo Intermedio..... 246
14. Epílogo..... 247

BIBLIOGRAFÍA **249**

PREFACIO



E AQUÍ UNA OPORTUNIDAD para poder presentar una nueva iniciativa literaria relacionada con el antiguo Egipto, de la que es autor D. José Ignacio Velasco.

Este libro, que no tiene pretensiones de convertirse en un «manual de historia» o civilización del mundo egipcio, posee como valores propios la frescura y la espontaneidad que personalmente caracterizan al autor.

Hombre de larga experiencia vital, proveniente del mundo de la medicina, José Ignacio Velasco es, aparte de un buen amigo personal, un viajero impenitente que analiza desde su doble perspectiva de escritor y médico, cuanto a su alrededor discurre.

Es bajo esta clave del viajero observador con la que, creo, se debería abordar la lectura de esta obra. Además, quizá sea el mayor activo del libro cuyo nacimiento saludamos. De la mano de J. I. Velasco se nos ofrece una contemplación, a veces *naif* de lo que fue el mundo de los antiguos egipcios, pero, al cabo, una contemplación fresca y entretenida.

El camino ya acreditado de nuestro autor, el de la novela histórica en el marco del antiguo Egipto, ha cedido paso, esta vez, a un trabajo consistente en el ejercicio de un variado repaso de diferentes cuestiones relacionadas con la cultura egipcia antigua.

No se advierte intención de agotar el tema. Ni siquiera se ofrece un método analítico de los que, habitualmente, caracterizan a los libros divulgativos sobre las culturas antiguas, pero, ese es uno de los valores de la obra: la capacidad que el autor demuestra para conseguir pasearnos, a su manera, por el antiguo Egipto y, siempre, siguiendo su ritmo exclusivamente personal.

El viaje no está exento de riesgos. No en balde, la experta pluma de José Ignacio Velasco nos tiene acostumbrados a la contemplación y disfrute de mundos de ensoñación que se perciben en sus novelas entre las brumas de formas piramidales, a orillas del Nilo.

Pero, no hemos de juzgar esta vez la obra de J. I. Velasco con la perspectiva habitual a su género literario tradicional. En esta ocasión, el autor se nos revela nuevo y, realmente, atrevido. Trata de llegar, probablemente, a un público que no posee ambiciones de erudición o especialización egiptológicas. En suma, a un lector que solo persiga pasar un rato entretenido con la lectura de las impresiones que el autor quiere compartir con él.

No hemos de buscar en esta obra exactitud o rigidez académicas: sería un enfoque incorrecto que podría producir insatisfacción.

Por el contrario, hemos de abordar la lectura de este libro con el mismo desenfado que el autor ha utilizado a la hora de escribirlo. De tal modo, la ecuación autor/lector resultará equilibrada.

En definitiva, la aportación más importante de este nuevo libro sobre el antiguo Egipto será el llegar fácilmente y sin producir demasiados «atascos intelectuales» a los lectores que se integren en ese amplio público que desea «conocer» sin complicarse demasiado; «saber», sin necesidad de conocer las fuentes; «viajar» sin moverse de su sillón desde el cual el autor lo paseará por el mundo del antiguo país del Nilo, para devolverle, después, sin riesgo a su vida cotidiana.

Profesor Dr. D. Francisco J. Martín Valentín
Director del Instituto de Estudios del Antiguo Egipto
Director del Proyecto Sen-En-Mut, en Deir El Bahari, Luxor, Egipto
Madrid, Agosto de 2007

Introducción

El Egipto faraónico es, sin duda, la civilización que más tiempo ha durado (3.000 años) y la que más atrae a millones de personas de todo el mundo. Sin embargo, estos 3.000 años son solamente el exponente histórico. Pero Egipto no surge de la nada, como florece un hongo a los pocos días de la lluvia: se ha ido formando con mucha anterioridad. Antes de iniciarse el periodo histórico, hay siglos de evolución en el que un grupo de personas que, en su emigración buscando mejores tierras y agua abundante, confluyen en las orillas de un río muy original: el Nilo. Es el río más largo de nuestro planeta y curiosamente el único (posiblemente) que corre desde el Sur hacia el Norte.

Sin el Nilo, el «Río» como le llamaban desde el principio de su evolución, no hubiera existido esta civilización. Como dijera Heródoto, el «Padre de la Historia», Egipto es un «Don del Nilo». Rodeado de zonas de enormes desiertos y montañas, con unos escasos oasis, en una zona del mundo donde desde hace miles de años apenas llueve, la existencia de este río de enorme caudal en ocasiones, que arrastra un rico limo desde la profunda África, podemos decir que Egipto no es sino el Nilo.

Sobre esta base y dependencia hacia su río, una verdadera autopista fluvial que le permitía comunicarse de un extremo a otro, se va a forjar un Estado, un Imperio, que causará el asombro de las futuras generaciones. Y de las obras de ese Estado, creo que es momento de decirlo, sólo ha aflorado de esos

miles de años, poco más de un 33% de lo que se sabe y supone que existe. Y esta es una constante que nos sorprende, cada día, con una novedad. Con inusitada frecuencia, poco más de cada jornada, de cada semana, un nuevo descubrimiento aparece en los medios de comunicación. Y no ya sólo bajo el dorado manto del desierto o entre el lodo del Delta del Nilo, sino bajo el agua en diversos puntos, sobre todo en la actual Alejandría.

Muchos se preguntarán el porqué de este gran interés por Egipto. La respuesta es muy sencilla si nos hacemos una pregunta. ¿Hay algo más interesante que la evolución e historia de esta civilización y sus misterios por descubrir? A nivel personal, creo que no.

La personalidad de sus gigantescas obras, como las mastabas, las pirámides, los hipogeos y los templos, la hacen inconfundible. El estilo tan personal y fácilmente reconocible de su arte, sus muebles, sus joyas y pinturas, son igualmente la admiración de todos. El culto especial a la muerte con el paso al «Más Allá» que llenó el país de las momias mejor conservadas con los sarcófagos y ataúdes más bellos que se conocen, la legión de dioses con sus ricas personalidades, son en el conjunto de todos estos diversos aspectos un evidente acicate que lleva, al que conoce algún punto de su historia, a profundizar en su estudio. Y el que lo inicia queda esclavizado y ya nunca se liberará de querer saber más y más.

Pero todavía hay diversos aspectos de primordial importancia que no quiero dejar en el tintero. Y son, entre otros, su religión, politeísta, y monoteísta en algún momento, que han sido la base de muchos aspectos de las religiones posteriores que se conservan en la actualidad y en las que encontramos muchos rasgos comunes con bastantes de sus ideas. Egipto tuvo más de cuatrocientos dioses. Algunos de ellos, cambiando el nombre, pero no el trasfondo religioso, fueron aceptados por los griegos primero y los romanos después. Y con el devenir de los tiempos, si uno se detiene a pensar un poco, encuentra grandes reminiscencias en las actuales religiones en uso. Y es que, aunque nos pese, el humano desde tiempos inmemoriales miraba el cielo y veía el Sol, aceptando la existencia de un ser superior, creador de todo. Y este concepto se tamiza, se pule, crece, se mitifica, se escribe, se escinde en escuelas religiosas y es la base de la religión egipcia, enorme biblioteca de dioses con aspecto humano o figuras zoomorfas; hechos y mitos que van a perdurar por los siglos de los siglos en el mundo occidental. No olvidemos que Oriente es «otro mundo».

Pero aún hay más. Así tenemos el trasfondo de misterio que envuelve su historia, creciente conforme sabemos más y más de ella. Y es este arcano una de las razones que han dado lugar a una literatura paralela, menos ortodoxa que la de los egiptólogos académicos, pero que goza por igual de infinidad de lectores. Este doble aspecto: ortodoxo y heterodoxo, ha dado lugar a ríos de tinta, miles

de libros, millones de artículos y, de un tiempo a esta parte, una creciente cantidad de películas, vídeos, DVD, y hasta CD con la posible música que los egipcios escuchaban en su momento.

La imagen que se ha difundido sobre los sacerdotes y los magos egipcios, todos ellos unos «iniciados» en los secretos de la vida y la muerte, ha llevado a que se escriban aspectos como el que Jesucristo, durante los años de vida privada, de la que no se conoce nada, los pasó en Egipto iniciándose en varias «Casas de la Vida», el equivalente a las Universidades actuales. Y es que estos centros docentes eran el lugar en los que se penetraba siendo muy joven, tras una rigurosa selección. Y en ellos se formaba, de manera muy dura, a los que con el tiempo llegarían a ser alguien en el mundo del momento. En estas escuelas, en estas «Casas de la Vida» se prepararon sabios como Imhotep[1], el arquitecto que hizo el primer edificio de piedra de la humanidad: la pirámide escalonada para el rey Djoser en Sakkara y el maravilloso recinto que la rodea. De estos centros de formación salieron igualmente los diversos arquitectos que, como Hemiunu y Anj-Haf, diseñaron y construyeron la Gran Pirámide de Gizeh, escultores que tallaron la Gran Esfinge, y todos aquellos que, aunque ignorados sus nombres, hicieron posible muchas otras pirámides, maravillosas tumbas y gigantescos templos. A estas escuelas acudieron los más famosos escritores, filósofos y matemáticos griegos y romanos para beber en las fuentes de la sabiduría que, finalmente desapareció con el incendio de la gran Biblioteca de Alejandría.

De estas escuelas salieron los sacerdotes y escribas que desarrollaron los misteriosos signos jeroglíficos[2]. Escritura considerada durante siglos como algo misterioso y que, finalmente, fue posible leer gracias a la perseverancia de algunos cerebros privilegiados como el de Champollion, por citarle sólo a él. Ha sido la transliteración de los signos, su traducción y lectura, lo que nos ha ido abriendo las puertas para conocer gran parte, de momento, de una de las historias más interesantes del planeta Tierra.

En estas academias, verdaderas universidades de aquellos lejanos tiempos, se formaban unos médicos que se consideraron los mejores de todo el mundo conocido; o los astrónomos que lo sabían todo sobre el firmamento; matemáticos

---

[1] Imhotep era un poco de todo: escritor, famoso médico, astrónomo, matemático, arquitecto, visir y docenas de cargos más. Por sus conocimientos médicos, con el tiempo se le va a asociar con Asclepio (Esculapio), el dios de la medicina e hijo de Apolo.

[2] Los jeroglíficos, llamados Medu-Neter, que significa la «palabra de dios», fueron considerados como signos sagrados. Son tan antiguos como la misma civilización. Desde las etiquetas, con los primeros rasgos jeroglíficos, éstos siguieron evolucionando y creciendo a lo largo de la historia. En los postreros tiempos, periodos griego y romano, existía para ellos una doble lectura. Y esta segunda lectura, criptográfica, sólo estaba en manos de unos pocos iniciados.



muy avanzados a su tiempo; escultores que modelaron y tallaron algunas de las mejores estatuas que existen, sólo superadas, miles de años después por Miguel Ángel, por poner un único ejemplo.

La más famosa «Casa de la Vida» era la del templo de Thot, en Hermópolis. En ellas se supone que se estudiaba: teología, himnos y cantos sagrados, astronomía, medicina, matemáticas (además, claro, de leer y escribir que era lo básico) Era habitual que los «Sacerdotes lectores» (los futuros magos) de todo el país acudieran a leer a las «Casas de la vida» importantes para encontrar todo lo concerniente a estos temas. En ellas disponían de unas magníficas bibliotecas en la llamada «Cámara de los Escritos» o «Casa de los Libros», lugar obligado de estudio para sacerdotes e iniciados.

No quiero hacerme más extenso y, para terminar, quiero decir que es este inicio de Egipto, estos primeros siglos anteriores a la historia, cuando se está forjando realmente el futuro. Y son esas primeras dinastías, las iniciales, un momento de la historia de Egipto de la que se ha escrito mucho menos que de otros periodos más próximos y lúcidos, como puede ser el Nuevo Reino y momentos estelares como la Dinastía XVIII, con Ajenatón, Tut-Anj-Amón, o el final de la civilización con Cleopatra VII, la sin par última Faraona de Egipto.

Y es precisamente en estos periodos más avanzados que cambian aspectos. Así, en la Dinastía XXII el que hasta entonces se ha llamado «Rey» empieza a ser llamado «Faraón». Otro cambio, ya en la dinastía XVIII, es el de los ataúdes y féretros que pasan de ser rectangulares, como grandes baúles alargados, a adquirir un aspecto antropomórfico y llegar al mayor grado de perfección y belleza, plenos de dibujos de dioses y profusión de jeroglíficos en los que se pueden ver salmos, imprecaciones y textos para asegurar un buen tránsito del finado al Amenti, a los «Campos de Iaru», también llamados la «Campiña de las Juncias», un paraíso eterno para aquellos que, tras el Juicio de Osiris, quedaban Justificados y en adelante poseerían la vida eterna.

Pero es del periodo inicial, de esos años oscuros de los que apenas se sabe un poco y que podemos llamar «La noche de los tiempos», del que trata este libro, y en él se estudia ese periodo tan lejano que discurre desde los orígenes hasta el final del Imperio Antiguo, momento de grave declive no sólo de unas dinastías, sino también de una situación, de un modo de hacer, vivir y pensar que, aunque la gloria y el poder de Egipto regresarán, nunca más volvería a ser nada igual.

Quiero exponer, como colofón personal, a modo de explicación, y antes de entrar en materia, que este trabajo, destinado a un público no excesivamente especializado y también al que lo está en un cierto nivel, es el resultado de muchos años de estudio y recopilación de datos sobre este periodo y lo que expongo es lo que considero más adecuado desde mi punto de vista. Es por

ello que se exponen los temas sin llegar a niveles de una gran profundidad que los alejaría de los estudiosos de nivel medio y alto. Vaya con lo dicho la aceptación de que aunque los temas se estudien con seriedad, he tratado de no caer ni en la superficialidad ni en la profundización exagerada.

Por otra parte, no siendo un experto en fonética, ni transliteración de jeroglíficos, utilizo la terminología más común y conocida. Por ejemplo, todos hemos oído hablar de Keops, pero su nombre correcto sería Jnum-Jufu o Jnum-Khufu, lo que nos complicaría aún más la lectura e interpretación. He tratado igualmente de exponer los puntos en los que las diversas posibilidades, conceptos, personajes o dioses son varios, recurriendo a una organización por apartados alfabéticos o numéricos que faciliten la lectura y comprensión del lector.

El autor.
Marbella, 17 de julio de 2007.





Parte I

La noche de los Tiempos

(10000 a 4000 a.C.)

«Quien ha bebido agua del Nilo
no se saciará con ninguna otra»

Dicho popular egipcio

I La geografía de Kemit, el «País de las Dos Orillas»

Situado en el noreste de África, Egipto es un país especial, distinto, con una orografía muy peculiar. Su extensión geográfica es superior al 1.000.000 de km^2, desierto en su mayoría. La zona cultivable (El Delta y el Valle del Nilo) es de sólo 40.000 km^2, es decir, sólo un 4% del total del país es habitable y cultivable. De esta desproporción podríamos decir la frase de Antoine de Saint-Exupery: «*Lo esencial es invisible a los ojos*».



Desde los tiempos más remotos, Kemit es una zona rica en toda clase de piedras, tiene algo de cobre, escaso oro, casi nada de plata, algunas piedras semipreciosas y otros minerales y, sobre todo y de gran importancia en su historia, una gran pobreza en madera, que siempre tuvo que importar. Realmente es un enorme desierto, con algunas montañas al este y un gran río que corre desde el Sur hacia el Norte y en cuyo tramo final, muy cerca del actual El Cairo, se abre en varias ramas como una enorme «V», cuyo interior sería el Delta del Nilo.

Al este, se encuentra una zona muy montañosa y desértica, el Desierto Arábigo. En esa zona, entre las montañas, hay una serie de pasos, los uadis, que permiten llegar hasta el Mar Rojo. El más conocido de ellos, en él se supone que se inició esta civilización, se encuentra el Uadi Hammamat, con una gran riqueza de grabados de los primeros tiempos.



Izquierda: Egipto visto desde satélite, apreciándose con claridad el Delta, el Mediterráneo y el Mar Rojo.

Arriba: Uno de los múltiples aspectos del desierto.

Hacia el oeste, de nuevo el desierto continúa hacia el Sahara, en lo que en la actualidad es Libia. En esa dirección se encontraban y encuentran diversos oasis y un gigantesco hundimiento de tierra, la Gran Depresión de Qattara.

Sahara, que en árabe significa desierto, y al que en tiempos remotos llamaban el «gran mar de arena», es la superficie de arenisca más extensa del mundo. Es una zona en la que no llueve casi nunca. Antes de ser un vasto desierto fue un vergel, pero sufrió un grave cataclismo que lo desertizó en un relativo breve periodo de tiempo.

El Sahara, en la época en que se están iniciando los orígenes de Egipto, en torno a los 9000 años a.C., era un frondoso vergel, con ríos de abundante cuenca y una cierta población más o menos nómada. Pero, unos 4.000 años más tarde, aproximadamente en el 5000 a.C., es sustituido por el gran desierto. Esta enorme extensión yerma está formada por dunas lineales extendidas hasta centenares de kilómetros. Entre cada una de estas largas dunas en línea existen unos «corredores» o espacio entre dos de ellas con una separación en torno a los trescientos metros.

Y este fenómeno de la desertización sucede de forma paulatina. Es una desecación lenta, que ocurre entre los milenios V a III a.C. Al final, de todo ese norte y noroeste africano, sólo queda el Valle del Nilo, situado en la zona nororiental de África.

La lluvia ya era muy poco frecuente bastante antes del Imperio Antiguo. En el País de las Dos Orillas hay un par de aspectos que son normales desde tiempos pretéritos: la extrema sequedad del aire y la escasez de lluvia. Esta ínfima pluviosidad hacía que, cuando ocu-



rría el fenómeno, se consideraba que eran las «lágrimas de Isis» y que las derramaba por la muerte de Osiris. Se suponía también que estas lágrimas de la diosa eran las que hacían crecer el Nilo cada año. Si la diosa estaba ofendida, no lloraba y la crecida se retrasaba, con lo que venía el hambre y la alteración de toda la vida del país. La pluviometría era ya muy escasa en la época de Keops, el rey que construyó la Gran pirámide y la Esfinge, ambas en Gizeh.

Ya en esta etapa se están delimitando, de forma manifiesta, dos zonas netamente diferenciadas en Egipto: una al norte, el Delta, llamada el Bajo Egipto y otra al Sur, a la que se la denomina el Alto Egipto.

Hacia el sur se encuentra Nubia (Ta-Sty), una zona de la que le van a llegar maderas muy especiales, como el ébano, animales, plumas, monos, jirafas y algo que se apreció mucho en la antigüedad, los enanos. De Nubia les llegaba una gran cantidad de oro, al que se le llamaba Nebu, lo que puede justificar el nombre de Nubia, o quizá el origen de la palabra pudiera ser a la inversa.

Al norte se encuentra el Mar Mediterráneo, al que llamaban «El Gran Verde» (Vadye-Ur), considerado durante un cierto tiempo como un enorme río del que no se podía ver la otra orilla. Hacia el este del Mediterráneo hay una gran lengua de



Cantera de granito rojo en Assuan.



Wadi entre montañas bajas, en pleno desierto, que da acceso a un valle, donde son frecuentes los paisajes rocosos, como el que podemos ver.

tierra, un istmo donde se encuentra el actual Canal de Suez, paso obligado para las caravanas a través de la península del Sinaí. Y fue precisamente por este punto por el Egipto tuvo los mayores problemas. Diversas invasiones por esa zona, le obligaron a defenderse y vigilar la franja. De entre ellas la más famosa fue la de los Hicsos, que ocuparon el norte durante muchos años.

En medio de este enorme país que es Egipto (llamado Kemit o Kemet en la antigüedad) discurre el Nilo y lo hace en una zona baja, con meandros y con una dirección bastante clara: desde el sur al norte coincidiendo con bastante exactitud en ese eje: Sur a Norte. Lo hace encañonado entre las montañas orientales y el desierto arábigo y una gran meseta occidental que es, en realidad, el final del desierto del Sahara.

Es en esta meseta que queda al borde del Nilo por occidente, algo más alta que el nivel del río, la zona en la que se van a construir en un trecho de unos 100 km. la mayoría de las pirámides que se conocen y que están cercanas a Menfis, la capital de Egipto en la época del Imperio Antiguo.



El desierto egipcio



Aunque la definición de desierto es: «*lugar arenoso, desprovisto de vegetación y poco o nada habitado*», el desierto en realidad es algo muy diferente. Hemos tenido ocasión de conocerlo bastante a fondo en abril de 2007, y quizá lo único en lo que encaja con esa descripción sea «en lugar poco habitado». E incluso hemos de decir que, mientras lo cruzábamos en un vehículo 4 x 4, a veces por pistas militares y en otras subiendo y bajando por dunas de diferentes alturas, o por terrenos plenos de guijarros, en varias ocasiones vimos cerca o lejos, largas caravanas de camellos que nos hacían recordar tiempos pretéritos. Y bastaba sustituir con la imaginación los modernos camellos por los asnos salvajes y los onagros en uso en el Imperio Antiguo y siglos posteriores, para suponer las dificultades de transporte de aquellos lejanos tiempos.

El desierto es un espectáculo inaudito y de una belleza singular. El que lo atraviesa no sale de su asombro ante tan cambiante escenario. Ante sus ojos se muestran unas extensiones que se pierden en el horizonte, cuando éste no se encuentra roto por los frecuentes y amplios espejismos. El cambiante suelo muestra, desde lugares arenosos de bajas dunas a zonas cubiertas de matas salpicadas al azar, zonas en las que los mogotes que el viento y la arena han tallado en caprichosas formas, a veces de aparente inestabilidad, o las mesas y mestas de cierta altura, en una alternancia aleatoria con los cerros testigo, las quebra-



La belleza del desierto es difícil de expresar.

das, las cañadas de cauce seco, las entradas a uadi de sistemas de cordilleras de bordes abruptos, o los «Sig» de estrechos pasos que muestran al final otro valle de paisaje no menos sorprendente.

Hemos tenido ocasión de ver los tres desiertos que hay en el Sahara que llega desde Libia y va a acabar muy cerca del Nilo. En nuestro deambular de oasis en oasis hemos pasado del desierto normal, el más conocido, de arenas blanquecinas-amarillentas, a lugares donde enormes extensiones de color negro conformaban el «Desierto Negro». Pero en otros momentos, el desierto parecía haber sufrido una nevada de enormes extensiones y nos encontrábamos en el «Desierto Blanco». Y ya dentro de él, poder contemplar el causante de semejante albura: trillones y trillones de conchas de moluscos con antigüedad de millones de años en sucesivas capas que tapan la arena subyacente.

Y otras muchas sorpresas más, como poder ver «La montaña de Cristal», con el brillo traslúcido de cristales de cuarzo, micas y calcitas que la convierten en algo inenarrable. O la sorpresa de entrar en un uadi y ver las paredes de las rocas casi verticales con las aperturas de cuevas prehistóricas y revisar el suelo y encontrar puntas de flechas, de lanzas o hachas de sílex rústicamente talladas en dos y tres caras. Del mismo modo, observando el suelo, y removiendo, se encuentran restos de loza de diversos colores, con o sin señales de grabaciones. En unas palabras: verlo para vivirlo o viceversa.

Los Oasis egipcios

En la franja de desierto occidental de Egipto, por debajo de la depresión de Qattara y a lo largo de toda la ancha banda de desierto hacia el sur, paralela a la frontera con Libia, que nos llevaría hasta Nubia y Sudán, hay dispersos una serie de oasis que son dignos de ver y visitar detenidamente.

Al avanzar por el desierto se alcanzan en ocasiones puntos en los que el suelo inicia un descenso paulatino que lleva a un sector situado a 18 o más metros por debajo del nivel del mar y allí, verde palmeral, con prolongadas extensiones de agua dulce, encontramos el oasis. Y en él, ciudades llenas de vida, templos y tumbas. Y, eso sí, ni una cerveza con alcohol, lo que se convierte en algo molesto para poder cambiar el agua que se consume durante el viaje por algo más sabroso.

Siwa, el lugar en el que Alejandro Magno consulto al oráculo, es sin duda el de mayor extensión. Sus palmeras datileras cubren una gran superficie y se encuentra rodeada por un gran lago de agua dulce de más de 40 kilómetros. Las palmeras nos permiten comer dátiles con sólo lavarlos. Su «Montaña de los Muertos», y sus tumbas en el suelo y en las paredes de la montaña son una experiencia más que satisfactoria, así como el resto de templos y la llamada «fuente de Cleopatra» que ésta nunca visitó, pero en la que nos bañamos en su agua termal.

Sitra es sin duda el más pequeño de los oasis que pudimos ver. Y sucesivamente, conforme se avanza hacia el sur y vamos pasando por: Bahariya, El Dakhla, Farafra, Mut, El Kharga y sus oasis cercanos: El Wahat, Bulaq, Baris, El Maks, Dush para llegar finalmente a Tebas. Y en cada uno de ellos, las visitas obligadas a sus templos y tumbas de distintas épocas. Y la vida en los hoteles rústicos pero habitables (sólo hay insípida cerveza sin alcohol), con piscinas, agradables asientos y tumbonas a la sombra de tupidas palmeras y otros árboles. Un espectáculo digno de ver es salir por la noche al cercano desierto, tumbarse en la arena y poder contemplar esos millones de estrellas que conforman la «vía láctea» y que, en las ciudades, no podemos ver.

La temperatura, en abril al menos, tanto en el desierto como en los oasis, maravillosa. El calor apareció pasado el grupo de oasis de El Kharga y nos acercábamos a Tebas, o lo que es lo mismo, al Nilo y su humedad.

Realmente, cualquier amante de Egipto, no sólo debe ver lo habitual que se visita en los circuitos más o menos turísticos, sino también el desierto, los uadi y los oasis con sus templos y tumbas, lo que es toda una experiencia inolvidable.





Oasis de Siwa,
con los palmerales
de sabrosos dátiles
y el gran lago al fondo.

Oasis de Siwa donde están los restos de los Templos dedicados a Amón, como el del Oráculo, el de Umm Abayd y Gebel al-Mawta, la «Montaña de los Muertos».



